



PENSAR LA LITERATURA / PENSAR LA EDUCACIÓN

ESCRIBIR CON UNA CICATRIZ ENTRE LOS DEDOS

LUCIANA ANDREA MELLADO ¹

RESUMEN:

Este escrito retoma una serie de experiencias personales, artísticas y profesionales para repensar el vínculo entre las prácticas poéticas, las infancias y la escuela, así como para atender a las relaciones constantes entre eso que llamamos literatura y aquello que llamamos vida, en el marco de una comunalidad posible desde donde se pondera el hacer del grupo de artistas “Peces del desierto”.

PALABRAS CLAVE:

POESÍA – ESCUELA – PECES DEL DESIERTO – SENTIPENSAR - MUJERES

Contar una experiencia pone en el centro tanto el valor vivencial de los saberes como la regulación discursiva de sus significados. De los múltiples modos en que podría organizar este relato, centrado en la experiencia del colectivo artístico “Peces del desierto”, elijo la primera persona y unas pocas escenas de las numerosas que viví desde que existe el grupo, que dirijo junto con Jorge Andy Maldonado. A partir de un testimonio personal, en el marco de un hacer grupal, disemino algunas imágenes sobre aquello que llamamos literatura y puntualmente poesía, entendida no como género sino como presencia y transformación recíproca del lenguaje y de la vida.

La riqueza de la experiencia muchas veces es una infinita riqueza abandonada, para retomar los versos de Bayley. Minimizar o negar la importancia que tiene en la construcción, valoración y circulación de saberes nos empuja a caer en aquello que Boaventura de Sousa Santos (2007) llama el desperdicio de la experiencia, contra lo que una racionalidad crítica debe alzarse. Desde ese marco, que es más bien un puntapié para hacer rodar el pensamiento, quiero fusionar algunas escenas vivenciales con otras

¹ Escritora, docente e investigadora. Trabaja en la UNPSJB, Argentina. Dirige el GICSUR (Grupo de Investigación de Culturas, Literaturas y Comunicación Social del Sur) y co-dirige el colectivo de artistas Peces del desierto. Su área de interés actual es la construcción imaginaria de los espacios en la literatura.



teóricas, como posibilidad del sentipensar o corazonar el tema, nociones estas que desarrollan, respectivamente, el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (1987) y el músico y filósofo ecuatoriano Patricio Guerrero Arias (2010). Desde estas propuestas que permiten articular e intentar unir lo que la colonialidad ha separado, y nuestras prácticas profesionales en las Humanidades y Ciencias Sociales insisten en desconectar, es posible hacer dialogar la racionalidad con la emocionalidad, a partir de un puente en que la afectividad no sea desalojada sino bienvenida.

Peces del desierto nació en 2008, en la ciudad de Comodoro Rivadavia. Surgió como respuesta a una falta. Con Andy, con quien empezamos el grupo, nos encontrábamos todo el tiempo, en nuestro trabajo, como docentes de literatura, con la escasez y carencia de textos literarios de escritoras y escritores de la Patagonia, y de modo particular con la ausencia de libros de poesía. A la marginalidad comercial del género se agregaban complicaciones locales: la falta de espacios de promoción y venta, la escasez de libros de autores patagónicos en las bibliotecas y las pocas librerías. Ese cuadro problemático fue el suelo desde donde emergió el proyecto, pero no el techo. A medida que el grupo creció y cambió, ya no solo nos interesó responder a esa privación bibliográfica sino también pensar en esa ausencia como marca que invita a desarrollar otras prácticas no solo compensatorias sino también creativas, sanadoras, emancipatorias, de fraternización entre artistas y lectores. Así crecieron propuestas heterogéneas que involucraron a otras compañeras y compañeros que venían de otros haceres y decires artísticos.

El grupo edita una plaqueta de poesía, homónima, en un intento de construir una maquina expresiva plural y horizontal, donde se reúnan voces experimentadas con otras emergentes. Asimismo, publicamos hojas literarias, fanzines, y libros artesanales; y también realizamos talleres de escritura y lectura, mesas de debate, entrevistas audiovisuales, micros radiales, jornadas y ciclos centrados en distintos registros de la poesía. Este ritmo enumerativo de lo realizado se enriquece al ponerse en diálogo con otros ritmos, ligados a otras subjetividades, experiencias y contextos. Me detengo, en esta ocasión, solo en unas pocas escenas, donde la educación y la poesía se reúnen.

Nombrarnos. Ponerles voz propia a las palabras

En abril de 2013 participé de un Congreso llamado “Conocimientos y saberes, ¿para quién?”, realizado en la Universidad Austral de Chile, en Valdivia. Allí fuimos con mi compañero a presentar nuestro proyecto de *Peces del desierto*, y conocimos a la



socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui, a quien pudimos realizarle una entrevista audiovisual. En esa charla, muchas ideas nos interpelaron, pero me quedo con dos, que resumo brevemente. Refiriéndose a la idea de América Latina, Rivera Cusicanqui nos dijo: “Yo hablo del sur, y encuentro que hay un sur en el norte también. Y un norte en el sur [...], pero yo hablo nomás de Indo américa o de Abya Yala, o sea América la nuestra, la que tiene un nombre nuestro”. Y más adelante, en relación con el colonialismo, explicó:

El colonialismo es una forma del antropocentrismo, de que todo está centrado en el humano, que además parte de un dictamen bíblico, “dominad la tierra”. Así, el hombre que domina a la mujer genera el androcentrismo; el humano que domina a la naturaleza, el antropocentrismo, que conduce a la dominación de unos humanos por otros. [...] Por eso pienso que descolonizar es un fenómeno que puede ser universal. [...] Y nuestro sentido de “sentipensante” también se está revalorizando, como modo de conocimiento diferente que me permite rearticular y no sucumbir a esa esquizofrenia entre el sentimiento y el pensamiento, entre el cuerpo y el alma (Rivera Cusicanqui, 2013).

Estas poderosas propuestas, la de atender a los nombres nuestros y la de revisar los centrismos que amputan nuestros modos de existencia pusieron en palabras algo que ya estábamos experimentando con Peces del desierto. Habíamos dejado de conformarnos con difundir nuestra poesía, y queríamos emprender acciones para repensar las palabras, nociones y sentimientos con que interpretábamos y valorábamos nuestra cultura, y a nosotros mismos como parte de ella. Pusimos en vilo la histórica importación de ideas para decirnos, naturalizadas por siglos de colonialismo histórico e interno; y comenzamos a apostar y a confiar en la producción comunal de saberes, lugarizados y plurales.

Dos tesis centrales que la charla con Rivera Cusicanqui me recuerda, y comparto con confianza, son la que advierte sobre el carácter multiforme del colonialismo como modo de dominación que legitima modelos de subjetividades; y la que reivindica modalidades cognitivas alternativas que reintegran saberes escindidos, en aras de la descolonización epistemológica. Ese mismo año, en 2013, comencé a coordinar el Taller de escritura creativa "Peces del desierto", que se extendería como tal por dos años, y que inició con una actividad abierta llamada “Nombres propios y geografías imaginarias”. Eso implicó asumir junto con la palabra la propia voz, esa instancia en que el cuerpo no puede desentenderse y deja de ser objeto para humanizarse.



Diálogos y memorias para cicatrizar las heridas

En el año 2013, también, la escritora Valeria Cervero me invitó a participar de *Poeplas 1. Antología de poesía argentina para chicxs*, bajo su coordinación. Allí reprodujo dos poemas míos de una serie sobre hormigas. En esta publicación digital, editada por Poesía Argentina, se incluyeron ilustraciones, con distintas técnicas, de Romina Santos, Nuria Bolzan, Alejandra Ferrada y Marisa Eyllenstein, amigas y compañeras artistas que integran *Peces del desierto*, cuyo trabajo la compiladora conocía por las plaquetas de poesía del grupo. En esta compilación, los poemas, como hilos, se traman con otros y arman un tapiz lleno de matices, donde la mezcla destaca a la vez el conjunto y cada cromatismo singular. Lo propio y lo ajeno se tocan, se entreveran, se enriquecen, como nuestras coordenadas para pensarnos en diálogo con artistas de otros lugares del país. De las muchas zonas sobre las que esta experiencia echó luces, rescato dos: la apertura a otros modos de ver y decir poéticamente el mundo y la reivindicación de las infancias en plural.

Cuando iba a cuarto grado escribí un cuento sobre una nube, en un cuaderno rojo de tapa dura. Desde entonces cuando escribo soy feliz. Nunca encontré el cuaderno. Por eso también escribo, para acordarme de esa historia (Mellado, en Cervero 2013: 72).

Mi respuesta se traza como una escena con partes visibles y otras invisibles. Lo no dicho que queda detrás del telón de las palabras es tan importante como lo dicho: ahí están mi mamá y mi abuela, mirando mi cuaderno, y con poco tiempo para ayudarme con las actividades de la escuela porque trabajan todo el día; ahí está mi maestra, bajita y con los labios pintados de un color que nunca más le vi a nadie en la boca, escribiendo, con redondeada letra, al borde de la hoja un “felicitaciones” o algo parecido que me llenaba de aliento; está la escuela pública, su historia y su valor; está también la escritura, los trabajos de la memoria, la búsqueda de la felicidad y el cuerpo, el cuerpo que escribe no solo con los dedos y las manos, sino con una potencia mayor a la del ente biológico.

Años después, en 2018, la escritora María Cristina Ramos, a quien no conozco personalmente hasta el momento, me invitó a participar del libro colectivo *La memoria de las tizas*, libro editado por la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén como homenaje al maestro Carlos Fuentealba. Colaboré con dos poemas de mi libro *Aquí no vive nadie* (2010) que, por ser breves, me atrevo a reproducir aquí:



XXVIII

Sobre un banquito
lava la ropa
la niña
de huesos suspirados

como grietas de aire
bajo la lluvia
suenan sus astillas
de paloma.

Lava la ropa
en la estancia infinita
bajo un sol agridulce.

No canta flores
en el orilla de una rama
pero el amor sí
qué dulce tropiezo.

XXVII

Este dedo no se mueve más
culpa de una mala espina.

Ahora muevo los otros cuatro
y el del medio se queda quieto.

Le gusta estar solo
como a vos
cuando eras chica.



Estos poemas, como la mayoría del libro que los incluye, se alimentan de las historias y relatos familiares, especialmente de mi abuela y de mi madre. Muy recientemente me di cuenta de que son, además, como todos mis escritos, publicados o no, una reescritura o continuación de la historia de esa nube de mi niñez. Empiezo a entenderlo. Trato de atrapar, de darle un sentido a esa forma volátil y auténtica de la nube que cambia sin parar, y a la vez, alterada o desintegrada, no renuncia a ser ella misma. Pero no solo escribo desde mi propia infancia y mis recuerdos, también escribo o reescribo otras infancias que me precedieron y le dan sentido a mi existencia como parte de un nosotros, de un nosotras, que no empieza ni termina en mi piel como medianera. Por esto, en el libro que compiló Ramos, quise contar esto:

Mi abuela Hilda nació en Las Heras, en 1938. En el pueblo de Fitz Roy fue a la escuela rural, hasta los 10 años. Luego tuvo que irse a trabajar a una estancia como niñera de los hijos de los dueños, ocupándose también de las tareas domésticas. Unos años antes, juntando leña, se cayó sobre una mata de mala espina, y se cortó el tendón del dedo medio de su mano derecha. Igual lavó, igual trabajó, igual aprendió a escribir. Ahora yo escribo con esa cicatriz de la memoria (Mellado, en Ramos 2018: 88).

Esa cicatriz de la memoria es propia y compartida, una herencia que reivindico y me recuerda de dónde vengo. La escritura así no es sola cosa mía, una decisión individual. Tiene otros sentidos, donde lo comunal es valioso y raigal. En este marco, *Peces del desierto* es, muchas veces, el lugar donde reconozco, con otros y otras, las heridas y cicatrices desde donde creamos y recreamos, entre otras cosas, las memorias familiares y sociales minimizadas, desatendidas o subestimadas por las versiones dominantes de un arte en mayúsculas, canonizado por alguna elite cultural.

Mujeres que dan flores y raíz

En marzo de 2015 participé, con otras compañeras y compañeros poetas, docentes y bibliotecarios de todo el país, en las actividades de la *Red Federal de Poesía*, convocada por la escritora Marisa Negri, que hace muchos años coordina, junto con Alejandra Correa, los *Festivales de Poesía en la Escuela*, a partir de decirles a las y los jóvenes que “seguramente en la diversidad van a encontrar una poesía o un poeta que les sembrará una incomodidad, una piedra preciosa, una idea nueva” (2011: 8) que deben cuidar, porque “en ellas también hay un ave que volará hacia otro territorio, incluso aún desconocido” (2011: 8). Un par de años antes me había sumado, también por invitación de Marisa, a la Jornada de Trabajo *La Poesía va a Escuela*, realizada en el Ministerio de



Educación de la Nación, en Buenos Aires. Estas actividades resultaron muy significativas para repensarme como escritora que ejerce la docencia o como docente que ejercita la escritura, con otras y otros. Por cuestiones de extensión solo me referiré brevemente a la última de ellas.

El lanzamiento de la *Red Federal de Poesía*, auspiciada por los ministerios de Cultura y Educación de la Nación junto con la CONABIP, se realizó en Tecnópolis. Allí escuché al entonces ministro de educación, Alberto Sileoni, decir: “Tenemos derecho a la belleza”; y escuché la experiencia de numerosas personas y grupos que trabajaban en distintos puntos del país para reivindicar, defender y hacer valer ese derecho. Pudimos compartir una relatoría sobre *Peces del desierto*, y dar a conocer y repensar nuestra concepción de la literatura, basada tanto en asunciones, como la de los nombres propios y de la percepción como co-participación (Lapojaude, 2018); como en renuncias, entre ellas a la sacralización de la literatura y a su ubicación en el terreno de las certezas incuestionables donde se reproduce, entre otros autoritarismos, la violencia epistémica (Spivak, 2008).

En el cierre del lanzamiento de la Red, Pedro Aznar cantó, a capella, unos versos de Carlos Varela que dicen que “una palabra no dice nada y al mismo tiempo lo esconde todo”, como en la anécdota de la nube, en el poema sobre el dedo de mi abuela, e incluso en este mismo escrito. Lo que puedo decir son flores que crecen sobre una tierra figurada pero muy real, como la que acabo de tocar hace un rato, cuando interrumpí este escrito para hacer mi primer trasplante de una planta a una maceta. Esa tierra, que sostiene mi relación con la literatura como parte de mi vida, tiene múltiples componentes, pero sobresale, como estas notas muestran, la presencia trascendental de las mujeres, mujeres de mi familia, amigas, colegas, maestras, pensadoras, escritoras, a quienes les agradezco cada oportunidad ofrecida para seguir construyéndome, deconstruyéndome y reconstruyéndome.

Agradezco, en esta misma línea, a Adriana Goicochea, que generosamente me invitó a participar en este número de la revista *Dar a leer*, y confió en que algo podría aportar desde mis experiencias.

BIBLIOGRAFÍA

Boaventura de Sousa, S. (2007). *Conocer desde el Sur. Para una cultura política emancipatoria*. La Paz: CLACSO.



- Cervero, V. (comp.). (2013). *Poeplas. Antología de poesía argentina para chic@s*. E-book. Buenos Aires: Poesía Argentina.
- Fals Borda, O. (1987). *Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos*. Bogotá: C. Valencia
- Correa, A; Galarza, J. & Negri, M. (comps.). (2011). *Revista del II Festival de Poesía en la escuela*. Buenos Aires.
- Guerrero Arias, P. (2010). *Corazonar. Una antropología comprometida con la vida*. Quito: Ed. Abya- Yala.
- Lapoujade, D. (2018). *Las existencias menores*. Buenos Aires: Cactus.
- Mellado, L.A. (2010). *Aquí no vive nadie*. Buenos Aires: El Suri porfiado.
- y Maldonado, Jorge A. (2013). Entrevista audiovisual a Silvia Rivera Cusicanqui, inédita.
- Ramos, M. C. (comp.) (2018). *La memoria de las tizas. Homenaje a Carlos Fuentealba*. Neuquén: Asociación Trabajadores de la Educación de Neuquén.
- Spivak, G. C. (2008). *Muerte de una disciplina*, Santiago de Chile: Palinodia.